

con el incesante gotear de sus paredes mo-
jadas.—A sus espaldas el violín sollozaba,
dulce unas veces, ronco y destemplado otras;
la flauta esparcía notas blandas; el salterio,
con su acompañamiento uniforme, parecía
evocar viejas serenatas, bajo arboledas ru-
morosas, al pié de altas ventanas ojivales; y
el contrabajo, con su quejido rudo, hacía
pensar en dolores ignotos. Mas nada les
despertó de su sueño, y todavía permaneci-
eron allí, serios, sin hablarse, hasta que la
chiquilla les sobresaltó con su reír burlón y
brusco.

En casa de don Hilario Gómez, tal suceso
fué el éxito de la noche. Como que el se-
ñor padre de Eloísa y Teresa, y su gordin-
flona esposa doña Luisa, se parecían por los
lances galantes, cual gentes que en estos
confían para colocar á sus hijas, sobre todo
cuando las pobres se acercan y aun pasan de
los treinta. De seguro envidiaban á doña
Pepa, por su buena fortuna para encontrar
yernos en perspectiva, ya que ni las Posadas,
hechas á fuerza de cruentos sacrificios, les
proporcionaban á ellos dicha igual.—Entre
los convidados, la chirigota tomó creces.
Apenas supieron por boca de Lena el suce-
dido de la fuente, empezaron á bromear, sin

reprimir picantes comentarios en presencia
de las mamás y de los viejos; dando con el
codo á Linares, quien, sonrojado, escucha-
ba frasecillas de parabién espetadas en voz
baja.—¡Diantre, era un conquistador! Nun-
ca se vió en salón alguno, —y decían *salón*
con énfasis, avizorando los muros del cuarto
principal de los Gómez, de lujo dudoso,—
varón que sedujera con tal prontitud á las
muchachas, máxime cuando éstas mere-
cían el calificativo de recatadas y mosquitas
muertas como Antoñita. No hacía aún seis
días que con ella hablase, y ya era su no-
vio.

—No es verdad,—replicaba el intriguado
estudiante.—Ni ella ni yo nos ocupamos de
esas cosas....

—¡Caramba, hombre, caramba! Hazte
el desdeñoso.

Y le felicitaban, mientras que otros añá-
dían:

—Ha hecho usted una buena adquisición.
Sólo que nosotros hubiéramos preferido á
la más chica. Tiene unascaderas y unos ojos....
que cualquiera se atrevería á codiciarlos, á
no ser porque de memoria supiese que la
graciosa Lenita tira muy alto, ¡á príncipes!
En medio de la algazara, fuéicamente las

hijas de Don Hilario estaban serias. Teresa, la menor, arrugó el entrecejo en cuanto Arsenio Urizar, el joven poeta, con voz tonante, sacudiendo la negra melena, improvisó un soneto alusivo á los novísimos amorfos. El bardo, de pie en lo alto de una silla, recitaba sus mal medidos versos, con las manos en la frente, los ojos puestos en el cielo raso, cual si invocara á la musa. —Tratábase de una paloma nítida de sonrosado pico, que, por las exigencias que el símbolo imponía al vate, moraba en el interior de la fuente, en un arrullo tierno de aguas dormidas. Allí vivía tranquila, ajena á las miserias del mundo, cuando en la segunda cuarteta descendió un gavián. La blanca ave echóse á temblar, aterrorizada ante la súbita aparición: se esquivaba en la grieta del muro, y ya iba á emprender el vuelo, cuando el intruso, con mirada triste, la mostró la herida que con dorada flecha había abierto en su corazón un cazador desnudo que lucía en la espalda dos albas. La paloma se conmovió, y ambos se unieron, enternecidos, en la verdosa oquedad, que despedía tibios olores de alcoba.

—¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Serás una gloria nacional!—gritaban los hombres, deslum-

brados por Arsenio, el cual, riendo y chancero, repartía abrazos y apretones de manos. Y Esteban Conti, periodista, íntimo amigo del poeta, dijo:

—Cuento con ese soneto para los «lunes» de *La Aurora*.

Un vals, preludiado por los pobretes de los músicos, puso fin al bullicio. Allá iban las chicas de la vecindad, reclinadas sobre los varoniles hombros, cimbreando los talles amorosamente estrechados; allá iba Lena, riendo aún, murmurando palabrejas maliciosas á los oídos de Urizar. En la sala, alumbrada por cuatro quinqués que esparriaban amarillenta claridad, sólo quedaban, sentadas á lo largo de las paredes, Eloísa Gómez, que miraba de reojo el fino perfil del periodista, como avecilla que con insistencia contempla el maduro fruto pendiente de las altas ramas; Antoñita, que, sola en un extremo, parecía sufrir el resquemor de las bromas pasadas, y doña Pepa, charlatana y alegre, entregada á religioso palique con una devota. En un rincón, doña Manuela, casi oculta tras de vieja rincónera, ataviada con rápida falda de lana negra, envuelto el pequeño y arrugado tallo entre los pliegues de un chal amarillo que la daba un aire exótico,

departía con la voluminosa ama de la casa, refiriéndola sus desazones y cuitas profesionales. — Los negocios marchaban mal, malísimamente. En los treinta años que tenía de ropavajera, desde que enviudase, nunca como hoy había decaído tanto el oficio. Recordaba sus pingües ganancias de antaño, sus correífas de casa en casa, cambiando cristalería y quincalla por ropa de medio uso, que romendaba y cosía después, realizándola á muy buen precio entre gente que conocía. — ¡Dichosos tiempos aquellos! Se comían excelentes bocados, sin grandes molestias, con la mano en la cintura. Dormía uno tan calentito, y holgaba de lo lindo. — Ahora... ¡Señor, qué apuros para ganarse un centavo! Lo juraba por la corte celestial: vivía de puro milagro. Doña Luisa, harta ya de lamentaciones lacrimosas, murmuró, al ver á Arsenio que pasaba junto á ellas, siguiendo el voluptuoso ritmo del vals:

— Es un muchacho de talento..... ¿Qué tales versos, eh?

Doña Manuela, poniéndose seria, adoptó la actitud solemne de los ratos culminantes de chismorreo: los ojillos entornados, el gesto compungido, rugoso el ceño, respondía con intensa melosidad y lentitud.

— Mire usted, mi querida señora, todo estaría bien si este don Arsenio no fuese tan inmoral... Y si no, dígame usted, ¿á qué viene que se ponga á hablar de los olores de alcoba delante de las niñas? No hay en eso moralidad, ni decencia, ni nada, ¿verdad?

— Realmente...

— Que nos lo dijera á nosotras, santo y muy bueno. Al fin somos viejas, y ya pasamos por todo eso. Pero las inocentes...

Metióse en seguida en largas historias. Contaba con detalles la vida de Arsenio Urizar, sin omitir pelo ni señal: — Era un depravado que no se ocupaba de labor alguna como no fuese la de escribir cosas malas que nadie entendía. En las noches calurosas, sentábase en cueros á la mesa de trabajo, so pretexto de que la inspiración no venía sin la frescura; vociferaba oprobios de las mujeres, meramente como si se creyese limpio de conciencia. Y luego, como vivía solo, sin alguien que le refrenara... Y sus versos, ¡oh! sus versos eran para perder á un santo. Allí estaba San Antonio, que se vió tentado por ellos. Con sus propios ojos miró ella en un escaparate cierto libro que trataba de eso; haciendo memoria pudo acordarse del título.

Llamábase el tal *Las tentaciones de San Antonio*.

Doña Luisa la escuchaba atenta, asombrada de que gentes como la ropavajera hablasen de libros, objetos para ella desconocidos y raros. Doña Manuela suspiraba de orgullo, é iba á continuar la narración, con las espaldas encorvadas, misteriosa la voz, cuando un tumulto pobló la sala de gritos y correteos. Chillaban los unos; otros reían socarronamente; los más escurríanse discretos hacia el patio, temiendo que la Posada terminase en la Comisaría.

Alberto Fernández, completamente ebrio, se había plantado en mitad de la habitación, insultando á Eugenio.

—¡Eres un grandísimo puerco! Yo no tolero que enamores á mi hermana. ¡Bonita quedaría la pobre si tuviera por novio á semejante marrano!

Y revolvía los ojos en las órbitas, con ferocidad, enrojecido el rostro, los labios trémulos, en tanto que Linares le suplicaba con timidez que se callase. Después arreglarían el asunto. No era propio de caballeros disputar en presencia de señoritas.

—No intentes ablandarme. Te desafío conmigo, ó aquí te dejo seco de un tiro....

Fué un instante de confusión. Las señoras que se interpusieron entre ambos contendientes, lanzaron aullidos de terror al oír hablar de tiros. Antoñita, pálida, intensamente pálida, titubeó en acercarse.

—¿Con que no quieres?—rugió Alberto.

—¿No? ¡Pues toma!

Y avanzó hacia Eugenio, hundiéndole en el estómago una botella vacía, que previamente sacara del bolsillo.

Estalló una carcajada, un delirio de alegría, un ataque de risas. Las mamás se estrechaban, convulsionadas; mostraba doña Manuela su desdentada boca, de la que brotaban roneos sonidos; saltaba la granujería; Urizar apoyábase en el muro para no caerse.

—¡Señores!—exclamó Alberto con los carnosos párpados entornados, dando traspiés:—Si no le maté, ha sido porque el *parque* me lo había guardado ya en la barriga.....

La hilaridad creció. Todos recorrían la habitación, apretándose el vientre, con los ojos llenos de lágrimas, balbuceando: «Este demonio de Alberto...»—Pero á la que más gracia hizo el lance fué á doña Luisa, que con su corpanchón enorme se debatía en la penumbra del rinconcito; á tal punto, que el sillón en que se hallaba, crugía, amenazan-

do romperse en mil pedazos. Junto á ella, reía don Hilario con la risilla monótona que le era peculiar, asomando las curvas narices de pico de ave rapaz, por encima de la cabeza de su cara mitad. Mas ambos callaron al percatarse de la furibunda mirada que Teresa les dirigía, no pudiendo contener, sin embargo, los accesos que les estremecían, hasta que la moza dijo:

—¡Apenas se comprende que rían estas brutalidades!

Mordíase los labios, rabiosa, con los ojos brillantes, la respiración difícil. Atravesaba entonces la edad crítica de la mujer, los treinta años; comprendía que la derrota más nimia condenaría al celibato eterno, y que Eugenio Linares, proclamado ya novio de la modista, era presa que se escapaba. Pero lo que hubo de sacarla de quicio, fué el regocijo de sus padres, de aquellas buenas personas que organizaban fiestas con el fin único de colocar á sus retoños, y que ahora refan cual dos imbéciles.

Antoñita, entretanto, se había sentado, avergonzada, junto á su madre. Adivinábase en su mutismo, en la palidez de su cara, y en el temblorcillo nervioso de sus labios, subidísima angustia. Y era que su

ilusión, acariciada al borde la fuente, cuando en el fondo verdoso se reflejaban rayos de luna, rodaba ya de boca en boca, en aquella sala vulgar, seguida de burda alegría. —Ves á Alberto, vacilante, lanzando bromas con voz aguardentosa; ves á Lena, estremecida por la risa, celebrando los chascarrillos groseros de su hermano; ves á Linares, sonriendo medroso en un corro de señoras, como si le invadiese invencible timidez que á la indiferencia le impulsaba. Y ella, tan fuerte otras veces, tan vigorosa en los rudos combates de la vida, á pesar de su cuerpecito endeble, sintió que sus pupilas se nublaban.

—¿Qué te pasa?—interrogó doña Pepa.

—Nada, mamá. Vámonos.

Y salieron.

Al siguiente día, bajaron muy tarde á casa de los Gómez. Antoñita estaba seria. Habló poco. El peso de las miradas de Teresa la hacía sufrir, y en cuanto el baile comenzó, hubo de escapar hacia el patio.

Aunque de Navidad, era aquella una noche triste. Su tristeza impregnaba los soplos vagos del aire, que sollozaba en las grietas; las últimas hojas secas de los tuestos, que barrían el suelo murmurando quedo una cancioncita melancólica; el chorro de agua del

lavadero, que todavía destilaba por los caños, estancándose, cual si estuviera cansado, en los montoncillos de lodo.—Autoñita paseaba delante de las viviendas adormecidas en dulce sopor. Tranquila en la apariencia, allá en sus adentros germinaba un sentimiento velado antes. Ya no era una inconsciente como el día anterior: amaba.

El farol de la portería había sido apagado. La luna, arrebuada en ese instante en el manto gris perla de una nube, iluminaba tenuemente el cielo. A veces, sutiles franjas de luz lamían los muros, chocaban contra el cobertizo de zinc del lavadero, y bañaban con macilenta claridad las macetas alineadas delante de las puertas.—A lo lejos, en la sala, desenvolvíase una tema de vals, lento, cariñoso, que llegaba hasta la muchacha en una sucesión de notas agrupadas. Al fin, la música dejó de oírse, y las risotadas de los niños poblaron de nuevo el silencio del caserón.

Autoñita se detuvo. Escuchaba rumor de pasos á su espalda, y ni siquiera intentó volverse, invadida por la emoción, sabiendo quién era el que en su busca venía. Cuando Eugenio Linares estrechó sus manos, temblaba.

—Autoñita, ¿qué hace usted aquí?

—Nada....

—Pensé que se había marchado. Y como no me saludó....

Hablaba á intervalos, interrumpido por largas pausas que mal disimulaban su turbación. La rubita observábale de reojo, inclinado levemente ante ella, con el moreno rostro animado por tímida sonrisa. ¡Cuánto temor y al mismo tiempo qué grande seducción experimentaba cerca de aquel mocetón bajo de cuerpo, de oscuras pupilas, de gruesos labios voluptuosos, de dilatada nariz y de pelo rizado y negro!—Quiso huír cuando él la habló de nuevo; mas una energía incontrastable la retuvo allí, inmóvil.

—¿Está usted reñida conmigo, Autoñita?...

—Reñida.... ¿Por qué?

Linares calló por un momento, algo trémulo. Al cabo, alzando el rostro, murmuró.

—¡Oh! Por lo de anoche....

Brillaron los ojos azules, animados de intenso fulgor. Y ella respondió en voz baja:

—No sería posible....

Permanecieron en silencio. Allá en la sala, el júbilo de la chiquillería aumentaba. El airecillo invernal traía en sus alas cristalinas risas, gritos de alborozo que hacían contraste con el mutismo de los dos, plantados uno

enfrente del otro, sin decirse nada, sin osar siquiera mirarse. Y no era que experimentasen angustia: les conmovía una atracción mutua, un sentimiento que por timidez ocultaban. Antoñita pensó que el mozo la espetaría una de aquellas frases bonitas que tan á menudo leía los domingos, en las novelas de los escritores modernos. Y aunque bien es cierto que ella se consideraba incapaz de hablar á un hombre con el lenguaje florido de sus heroínas predilectas, no lo era menos que barruntaba que Eugenio Linares desbordaríase en lirismos.

Esperó en vano.

El joven, turbado hasta ponérsele las orejas carmíneas, apenas pudo murmurar entre dientes:

—¿Sabe usted? . . . Repartieron los juguetes ya . . . Yo elegí este para dárselo . . .

Y le puso en las manos el cisne, no pudiendo reprimir suave estremecimiento al rozar sus dedos. Luego, al escuchar las risas de los niños que crecían, presagiando que la *piñata*, el tradicional cántaro envuelto en papeles de colores y repleto de golosinas, iba á romperse, Linares, arrebolado como un sol de abril, titubeó, y dijo, mostrando el sitio de la fiesta:

—Sería bueno que entrásemos . . .

La muchacha irguióse bruscamente, como si despertara de un sueño; le miró, y con presuroso andar hubo de precederle, traspasando el umbral de la sala, seria, nerviosa, con los labios apretados.

¡Qué bullicio! Todos iban y venían, charlando, entrometiéndose en galanteos y bromas. En sus rincones, los viejos formaban grupitos, mientras que las niñas hacían mohinos al apurar las copas de jerez ofrecidas por los novios. Las Gómez, cariacontecidas, lamentaban su ingrata suerte. Las Posadas terminarían aquella noche, y ellas continuaban célibes como antes. Arsenio Urizar, rodeado de amigos, recitaba un fragmento de sus *Poemas salvajes*, obra que escribía de meses atrás, y que, al decir de él, revolucionaría el anémico arte nacional. Más allá, doña Manuela, guiñando los vivarachos ojos, contaba sus eternas historias á las viejas ávidas de chismorroco.

Antoñita, muerta de tedio, tomó asiento en un extremo de la habitación, cuando los músicos afinaron los instrumentos para dar principio á un *schottich* muy de moda entonces. Elcisa Gómez, que á pesar de los desdenes del periodista estaba ojo avizor,

observó que Eugenio ni siquiera pretendía acercarse á la mustia de la costurera y acordóse de su hermana.

—Oye,—la dijo.—Ahora es tiempo de que hagas cosquillas á esa loca de Antonia.—Y la empujó hacia el estudiante, el cual, arrellanado en el sofá, disponíase á encender un cigarro.

Y un instante más tarde, la hija de doña Pepa vió cómo Teresa pasaba á su lado, abandonándose al ritmo pausado de la música, en brazos de Linares.

Comentóse el hecho largamente. Todos se preguntaban sobre la verdad de los amores tenidos la víspera por ciertos. Lena misma, no supo qué responder á la ropavajera, que la interrogaba tenaz, dándole dulcecillos en la boca.

A las cuatro de la mañana, después de sobremesa dilatadísima, epílogo de la cena, la familia Fernández hubo de retirarse. Antonita siguió á su madre y hermana á lo largo del caracol, que se extendía, retorcido, iluminado por la claridad fosforeante del amanecer:—¡Qué extraña sensación la producía el resonar de los peldaños! Creyó tener la cabeza vacía, y varias veces sus piernas flaquearon. A menudo cogíase del pasa-

manos resbaladizo, deteniéndose para respirar.

En el comedor hallaron á Estéfana, dormida sobre la mesa. El mechero de petróleo de la cocina ardía junto á ella, inundando la estancia de un humillo negro.

—Estéfana, Estéfana....

Despertó, restregándose los ojos, gruñendo. ¡El grandísimo perdido no volvía aún de la calle! ¡Qué escándalo! ¿verdad?—Mas doña Pepa nada repuso. La preocupaba poquísimamente que su hijo se recogiera en casa á la hora que se le antojase.

—Déjale, Estéfana. Está en la edad.

Antonita se echó vestida en la cama. El frío de invierno, atravesando las hendiduras de la ventana, tornaba helado el ambiente del cuarto, de ordinario tibio, y hacía titilar el cuerpecito de la moza inmóvil y despierta. Pasaron algunas horas. Al fin, cuando el sueño se apoderó de ella, sus ojos estaban húmedos.

Al día siguiente, al despertar, vió que la mañana esplendía, pugnando la luz por entrar en la recámara, al mismo tiempo que en la puerta resonaban golpecitos acompasados, y una voz burlona decía:

—¡Perezosa, dormilona, levántate!.... ¡Son las nueve!

Se puso en pie de un salto; deshizo la cama; arregló sus cabellos, que se desbordaban sobre la frente, y exclamó, levantando el pestillo:

—Entra, Lena, estoy bien despietta.

Desde entonces, una súbita tranquilidad se apoderó de su sér. Absorta en el trabajo, pasaba las horas sentada á la máquina, canturreando. Entregóse á sus labores con pasión, como si en ellas encontrara dulce consuelo. Era una fiebre de actividad la que la embriagaba, un deseo infinito de hacerlo todo. Al rematar la cotidiana faena que la encomendase la modista, no podía resistir la inacción: desempeñaba los quehaceres de la casa, las rudas tareas de Estéfana, que lloraba de agradecimiento al observar que la niña se compadecía de su vejez.—Doña Pepa la reñía inquieta, asombrada de su energía increíble. Temía que se enfermara, y hasta habló de llamar al médico. Antoñita se opuso.—¿Para qué? Estaba mejor que nunca.

Una tarde, sin embargo, cayó en cama. No respiraba bien; sentía rara fatiga, el corazón la palpitaba irregularmente. Vino el doctor, recetó, y hubo de recomendarla que trabajase menos, que frecuentara los paseos.

Preciso era distraerse á su edad, dar libre expansión al ánimo.—Cuando estuvo bien de salud, supo que Eugenio había partido. Ella misma sorprendióse al ver que la noticia no la produjo un dolor intenso: experimentó cierta tristeza, y nada más.

¿Su amor había muerto?

Aquella mañana, mirando el cisne pequeño, cuya blancura no deslucía la de su cutis, hacíase la eterna pregunta. Luego de haber quedado pensativa, evocando el pasado que se aparecía ligeramente desvanecido por las brumas del tiempo, sonrió. No, no había muerto; aún estaba allí, en su pecho.—Suspiró. No valía la pena de acariciar esperanzas. Quizás Eugenio la hubiese olvidado ya; quizás nunca pensó en una pasión. Y prosiguió en su tarea, sacudiendo el polvo, colocando los muebles en su sitio. Tornó á limpiar la lámpara, poniéndola de manera que el chorro de luz de la ventana se estrellara contra el globo de cristal azul.—Recorría el cuarto pausadamente, huroneando en los rincones. Estaba muy bella en su matinal desaliño, con su falda negra, demasiado vieja, y su blasita de lila pálido, un tanto rota por los codos, que, desabrochada en el cuello, permitía ver la garganta lecho-

sa que surcaban sutiles venas. Con las mangas remangadas, trafagueaba, ostentando la blancura de los brazos. El pelo rubio, despeinado, rebelde; los rizos aureos cayendo sobre las sienes é irguiéndose en la nuca; las mejillas suavemente coloreadas, la daban un aire delicioso de frescor, de vida joven.

Ocupábase de recoger algunas hilachas esparcidas por el suelo, junto al sofá, cuando oyó que llamaban discretamente á la puerta. Reflexionó, sorprendida. ¿Quién podría ser? Nadie acostumbraba entrar por allí á tal hora.

Fué á abrir.

Cuando la hoja giró, con leve chirrido, ella retrocedió, muy pálida.

Eugenio Linares, de pie en el umbral, le tendía la mano, sonriendo.

III

De espaldas en el lecho, con el aromoso cigarro entre los dedos, contemplando las espirales de humo que ascendían, Clara Ruiz tarareaba el canción que viese bailar la noche anterior en el Teatro Principal. Su voz chillona, desentonada, llenaba la pequeña alcoba, dominando el rumor de vida que se introducía por la ventana, á través de cuyos visillos adivinábase una pálida mañana de invierno.—A veces enmudecía, cerrando los ojos: el vozarrón de la portera, que disputaba con la criada de las Gómez, se escuchaba distinto, entrecortado por las palabras tranquilizadores de doña Manuela, que desde el amanecer recorría la vecindad, metiendo las narices en todas partes, imponiendo